

El hecho

Una noche con el personal médico en urgencias

Ni un solo minuto de descanso hay en una sala de urgencias, en la noche de un sábado, en un hospital como el Pablo Tobón Uribe. Allí se tejen historias de dolor, pero también de esperanza y vida.

Sacosa gráfica

En la zona roja se monitorean permanentemente los signos vitales.

La opinión

Duele perder vidas por culpa de la violencia

"Hay una impotencia que duele y uno se siente culpable por no poder hacer nada más. Siempre queda esa frustración. Cuando uno pierde un paciente siente que también perdió algo de uno", Ana Cristina Giraldo

Lo que viene

Los jóvenes se adueñan de la noche con sus rumbas

Espera el próximo domingo un nuevo informe sobre la serie La noche vive. Un recorrido por los lugares que frecuentan los jóvenes, la forma en que disfrutan la rumba y lo que pasa al cerrar los establecimientos.



Fotos: Dorelino Zuluaga

En la sala de urgencias del Hospital Pablo Tobón Uribe, el médico Alejandro Londoño se ocupa de la atención de uno de los pacientes que esa noche llegó con un golpe en el cuello. El traín no cesa en 12 horas.

- EN UN turno de 12 horas, el personal médico no tiene mucho tiempo libre.
- CADA PACIENTE llega al servicio con una historia de dolor y de angustia.
- ALLÍ SE reflejan los estragos de la rumba, la violencia y la vida cotidiana.

En urgencias, la noche corre a mil

Implicaciones

Es un termómetro de la ciudad

Alejandro Londoño lleva un año ejerciendo su profesión de médico en el servicio de urgencias del Hospital Pablo Tobón Uribe, donde se atiende el cuarto nivel de complejidad. Todavía no se acostumbra a la muerte que ronda en los servicios de urgencias.

"Cuando alguien muere uno siempre piensa en el drama de la familia, en la historia personal del fallecido y en lo efímero que somos. Cualquier golpe te mata".
Esa misma percepción tiene Ana Cristina Giraldo, la médica que lleva tres meses en las urgencias y que esa noche lo acompaña en el turno. "Aquí aprende uno a valorar la vida y a temerle a las motos", dice en alusión a la cantidad de accidentes que ocurren en este tipo de vehículos, de manera especial en las noches. "Aquí aprende uno a valorar la vida y a temerle a las motos", dice en alusión a la cantidad de accidentes que ocurren en este tipo de vehículos, de manera especial en las noches. "Aquí aprende uno a valorar la vida y a temerle a las motos", dice en alusión a la cantidad de accidentes que ocurren en este tipo de vehículos, de manera especial en las noches.

Reporte María Vélez H. | lolojota@escolombiano.com.co



La Noche Vive

Los minutos corren tan lentos como el goteo que se desprende silencioso e inmutable del frasco de suero. El paciente del cubículo marcado con el once tiene la mirada perdida y apenas comprende dónde se encuentra.
Tiene puesto un cuello ortopédico. Está tendido en una camilla en un cuarto de unos tres metros cuadrados, al lado de otro hombre conectado a varios monitores, como el mismo lo está. Solo unas cortinas café separan a ambos de otros "cuartos" similares que se diferencian entre sí por un número y un color.
El médico Alejandro Londoño le pregunta su nombre. En un balbuceo alcanza a decir Jaime Echavarría. Y cierra los ojos. El diálogo no ha terminado. El médico insiste y ahora logra que identifique a la mujer que lo acompaña en la sala de urgencias del Hospital Pablo Tobón Uribe.
"Es mi esposa y se llama María Victoria". Sus párpados son tan pesados que no puede mantenerlos abiertos por más de tres segundos.
"Hombre, tenés que colaborar porque necesitamos saber si estás consciente y qué es lo que sentís".
El médico toma la mano de Jaime y mirando a María Victoria, le explica que el ortopedista evaluó radiografía y no encontró ninguna lesión severa en el cuello. Sin embargo, quiere dejarlo en observación hasta que supere el estado de embriaguez. "Es mejor evaluarlo cuando está despierto. El licor, a veces, impide analizar con certeza los síntomas".
Jaime resbaló y cayó de una altura de dos metros. Llegó a urgencias del Pablo Tobón Uribe hacia las siete de la noche y ahora el reloj marca las 12:50 a.m. del domingo. La noche del sábado 11, en apariencia, es tranquila. Tranquila porque no han arribado a la unidad hospitalaria heridos con arma de fuego o apuñalados, con traumas severos o infartos. Pero igual, desde las siete de la noche, hora en la que comenzó el turno, el personal médico no ha tenido un minuto de descanso.
En el puesto de enfermería de urgencias, la doctora Ana Cristina Giraldo y el médico Londoño, coordinan lo que harán con las 20 personas que no han sido dados de alta. Los médicos deliberan, de manera especial, sobre la suerte de los que ocupan los cubículos uno, dos, once y doce, de la zona roja de la sala de urgencias en la que permanecen los que requieren un monitoreo de

sus signos vitales debido a su estado crítico.

Se quedan, se van

Mientras los médicos miran radiografías, observan los exámenes de laboratorio, dos auxiliares de enfermería trasladan un paciente a la sala de cuidados especiales. Corren y bajan los monitores de chequeo de signos vitales, acondicionan la camilla, acomodan al paciente y lo sujetan con unas correas.

Rodrigo Agudelo está en urgencias desde las 2:00 de la tarde. El reloj del puesto de enfermería marca la 1:15 a.m. El hombre, de 46 años, está inquieto. No puede respirar bien, a pesar de la máscara de oxígeno. Tiene unas manchas moradas en su rostro y manos. Los síntomas hacen pensar en una intoxicación, pero no se descarta una lesión hepática.
"¿Cómo voy doctor?", alcanza a preguntarle Rodrigo, antes de ser trasladado a una unidad.
"Estás mejorando porque te hemos aplicado una buena cantidad de medicamentos. Te vamos a pasar de sala para someterte a una observación más detallada", responde el médico Londoño.

Rodrigo intenta sonreír, pero sus ojos se humedecan y no puede ocultar la tristeza que siente. Abandona la sala de urgencias por un pasillo que conduce a la zona de pediatría. Allí, atienden a Santiago, un niño de 12 años que fue arrollado por un vehículo. Milagrosamente, no le causó ninguna lesión profunda.
Los padres de Santiago están angustiados. Su hijo se colgó de un camión y cuando el vehículo reversionaba él se cayó y la llanta traseira pasó sobre su abdomen.
La pediatra Victoria Eugenia Basse lo examina y entrega el parte de tranquilidad. "No observo daños internos, no está sangrando orina, no ha vomitado y sus signos vitales están estables. Vamos a hacerle unas radiografías. Esta noche se queda aquí".

Sus padres respiran aliviados, todavía palidos del susto, mientras el niño les dice que se acuercen con él en la camilla, que no quiere quedarse solo.
El intermitente piii, piii, piii, del monitor del corazón de Santiago, es lo único que se escucha cada segundo en la sala de pediatría.

No hay tregua

En el otro extremo, el médico Londoño imparte instrucciones sobre la droga que debe suministrarse a cada paciente. Sus 26 años los hace sentir con aplomo cuando habla a los jóvenes que, como John, llegan con sobredosis de cocaína o de otra sustancia.

"Son los estragos de una vida desordenada. He sido muy bebedor y cuatro cervezas casi me mandan al otro lado", intenta explicar este joven de 22 años, apenas recuperándose de un preñifloro.

Con un lenguaje pedagógico, el médico le advierte que de continuar excitando su corazón con esas sustancias que obligan a un latido más rápido, la vida no le dará otra oportunidad.
John apenas lo mira, pero la gravedad del discurso y de la sentencia lo hace sentir mal. Se abotona la camisa y sale de urgencias, después de permanecer casi siete horas en observación. Es la 1:30 a.m.

A esa hora, el murmullo de los acompañantes ha desaparecido, el sueño se apodera de ellos y como pueden se acomodan en las sillas cercanas a las camillas. Intentan dormir. Solo las luces de los pasillos están encendidas.

También es el momento de la merienda para el personal. El ritmo de trabajo comienza a ceder y hay tiempo para las historias personales y hasta para gritar de emoción cuando Beatriz Quintero, una de las auxiliares de enfermería, comentó que tiene una fuerte contracción en su vientre, que anima a sus compañeros a pensar que esta noche puede nacer Sebastián.
"Estoy en los días y con tanto traín me dan contracciones", se anticipa a decir ante la mirada alegre de sus compañeros de turno.

Pasan las horas

Afuera, en la sala de espera cuatro acompañantes de una misma paciente se protegen del frío con una chaqueta que solo alcanza para dos. A la medianoche y cansados de aguardar noticias sobre su pariente desamparan los restos de un pollo asado.

El sonido del televisor actúa como somnifero. A esa hora, transmiten un especial sobre largatos.

El papá de Santiago llega apurado a la sala de espera en busca de un teléfono público. "Lo van a dejar aquí. La doctora dijo que está bien", le dice a quien lo escucha al otro lado del auricular.

Cuando cuelga va a la máquina de bebidas, que desprende un olor a tinto. Busca con afán en su bolsillo unas monedas y, con suerte, reúne 600 pesos, que cuestra el café. Lleva sus manos a la cabeza. Quiere encontrar una respuesta que le permita entender cómo su hijo está aún vivo. "Hace dos meses se cayó de una terraza y quedó colgado de un gancho que le traspasó el brazo. Ese muchacho parece de plástico".

Esa noche ha sido demasiado tranquila, comentan los taxistas que guardan turno en el Hospital.



La preocupación ronda en las urgencias.



Los más delicados están en la zona roja.



Un trabajo que requiere médica y enfermera.



El traslado de pacientes está en la rutina.



El monitoreo de los signos es permanente.